



Cita en el aire

FASCÍCULO SEGUNDO



2 de 9

Severiano Gil

CAPÍTULO TRES

PALMS FIELD, BÉCHAR

ARGELIA FRANCESA

Howard se despertó en su habitación recién estrenada; debía de ser algo tarde, puesto que el sol estaba alto, y brincó de la cama con prisas para, una vez desayunado en el piso de abajo, acercarse al hangar número uno pasando cerca de la torre y del edificio de oficinas del aeródromo. No había apenas actividad en todo *Palms Field*, pero, según se iba acercando, oyó gritos, un portazo y vio a Ibarra salir de las oficinas hecho una furia. Le miró, como si no le conociera, y echó a andar a grandes zancadas hacia la zona de hangares; aunque, diez o doce pasos después, moderó su andar para esperarle.

—Estos... —soltó una retahíla de palabras en español, incomprensibles para él.

No le preguntó, mientras llegaba a su altura, a qué se debía su enfado, pero el otro, antes de alcanzar las puertas del hangar, lo dijo.

—Esta noche hay otro vuelo, ¡la madre que los parió! —dijo, entrando rápidamente en la construcción oscura ocupada por el *Lysander*.

Al pasar junto al aparato, Howard captó la palmada de cariño que Ibarra dio a una de las riostras del ala, al pasar, y supo que no había errado al valorar el afecto que el español sentía hacia el aparato.

A él, durante la campaña europea, no le había sucedido lo mismo. En los *Havoc* de sus primeros meses de servicio, al menos había tenido un acompañante sentado en la parte posterior del fuselaje; podía hablar con él por el intercomunicador y, a pesar de que al otro le era imposible abandonar su puesto de observador/artillero, Howard se había sentido siempre acompañado y, sobre todo, importante, puesto que, imposibilitado de acceder a la cabina en caso de que el piloto resultara herido o muerto, aquel camarada ponía la vida en sus manos inexpertas durante todas aquellas misiones de interdicción sobre el canal de La Mancha y la Francia en vías de liberación.

El *Thunderbolt* era otro cantar. Demasiado grande y pesado para tratarse de un caza, contaba en cambio con aquel mastodóntico motor de más de dos mil caballos de fuerza, que lo convertía en un bolido veloz y tremendamente letal a la hora de descargar sus ocho ametralladoras calibre .50 contra todo objetivo que se moviese. En el *Jug* iba solo, metido hasta los hombros en aquella reducida carlinga, con el turbocompresor ululando en la parte posterior del fuselaje y la desmesurada hélice cuatripala girando frente a sus ojos. Nunca se había sentido a gusto controlando aquella pesada máquina de casi ocho toneladas de peso a plena carga.

Con el *Lysander*, en cambio, tenía la sensación de que sería diferente.

—¡Qué! —se fijó en su expresión Ibarra al encender la luz de su cubil—, ¿ya te estás arrepintiendo de haber aceptado el empleo?

—¡No, ni mucho menos! —se sobresaltó Howard—. Pensaba en que *Lizzie* debe de ser un buen aparato.

Ibarra asentía, rebuscando debajo de un tremendo lío de mantas, sábanas, suéteres y una pelliza, hasta dar con unos pantalones de canutillo gastados y sucios.

—Y lo es, aunque tiene sus defectos —Ibarra parecía intuir que, más que las características de vuelo, lo que a su nuevo compañero le interesaba era el

comportamiento del avión que tendría que pilotar, en breve y a solas sobre el Norte de África—. Es un cacharro muy especial, ya tendrás ocasión de comprobarlo tú mismo... —mientras hacía aterrizar el pantalón sobre el respaldo de una silla, hizo un gesto ambiguo, como si le costara hallar el principio de una larga lista de defectos y peculiaridades negativas—. Encontrarás que es muy pesado a la hora de mover los alerones, y no digamos el elevador, del que hay que tirar con ambas manos; como te dije anoche, los cambios de potencia alteran el centro de gravedad y hay que moverse rápido con los compensadores si no quieres llevarte un buen susto.

“Del aterrizaje, mejor no hablar —se volvió a encoger de hombros, como si renunciara a seguir—. Lo mejor hubiera sido que lo probaras hoy mismo, pero, en vista de que esta noche tengo que contribuir a llenar los bolsillos de esos mangantes de Argel, mejor será que el chisme se quede en tierra, no vaya a ser que surja algo y...”

Mezclada con la verborrea difícil de seguir del español, Howard captó la alusión al riesgo de que, por su ineptitud, el avión sufriera algún percance.

—De todas formas —siguió el otro—, es un aparato muy resistente y le tengo cariño; pero los jefes lo quieren cambiar.

—¿Cambiarlo? —se extrañó Howard.

—Sí, tienen un proyecto en mente que, o mucho me equivoco, o va a revolucionar el arte de contrabandear —los dos rieron.

—¿Es que sólo piensan en eso?

—¡Claro, ¿qué esperabas? Rinde mucho el negocio, y aquí, en esta zona, no es peligroso.

—¿No? —Howard puso cara de asombro ante el despliegue de datos que había recopilado en su cuaderno.

—¡Oh!, no me refería a eso, al vuelo y todo lo demás, sino a que no hay posibilidades de que te pesquen los españoles.

—Tus compatriotas.

—No —negó, rotundo—, soy ciudadano francés desde hace seis meses, desde que ingresé en la compañía.

—Entonces..., ¿la matrícula española?

Esbozó una sonrisa el veterano, haciendo que la pelliza de cuero viajara hasta quedar haciendo compañía al pantalón.

—Para evitar complicaciones si nos localizan volando de día.

Howard, deseoso de volver sobre el tema que habían dejado pendiente el día anterior, repasó sus notas y examinó las dudas más importantes.

—Ernie —señaló el mapa de grandes proporciones sujeto a la pared—, ¿por qué *Phantom Field*?

—¿Te refieres a por qué ahí? —Ibarra miró también hacia el mapa, manteniendo una camisa usada frente a sí, y rascándose con la otra mano el torso desnudo—, porque está lo suficientemente alejado de las dos bases aéreas españolas más importantes —señaló sobre el papel—: *Sanía Rámel*, en Tetuán, y *Tauima*, en Nador, cerca de Melilla; aparte la base de hidroaviones que hay cerca de esta última.

Ibarra parecía el oficial de Inteligencia de un escuadrón, explicando la situación táctica del enemigo antes de una misión de guerra. Howard le miró, pensativo, y vio en el otro al fugado a la fuerza de su país, harto de dar tumbos y acostumbrado ya a

echar de menos a su tierra. Justamente lo contrario que él, que se había extrañado voluntariamente de su entorno y, no por eso, añoraba menos su Ohio natal.

—Oye —preguntó Howard—, ¿y cómo sé de dónde sopla el viento cuando vaya a tomar tierra? —la pregunta le sorprendió a la vez que la formulaba; una cuestión tan importante como aquélla no debía haber esperado tanto.

Ibarra le miró, sin transparentar nada. Su calzón corto y las sandalias le daban el aspecto clásico del sufrido maquinista de un submarino.

—Tanto da —respondió—. Si sopla del Norte no es problema.

—¿Y si es del Sur?

—Casi nunca sopla así, pero, si se diera el caso, pues aterrizas con viento de cola, sin más.

—¿Viento de cola? —se extrañó sobremanera el norteamericano.

—Ésa es otra de las cosas que dificulta el asunto y puede hacerte sobrevolar la zona amarilla sin que apenas te des cuenta.

—¡Buf! —aquello era demasiado; un avión cargado posándose con viento de cola...

—Pero no te preocupes, lo normal es que sople un viento ligero y constante de alrededor de ocho nudos y un poco transversal, del Este.

—¿No sopla nunca del Oeste?

—Sí, pero cuando lo hace es tan intenso que lo notarás claramente apenas comiences la aproximación, y suspenderás la toma; aunque, si se dan esas circunstancias, nuestros amigos de *aquel lado* ya habrán tapado una hilera de luces, lo que será una orden para que no aterrices.

—Ya me lo explicó Harry —asintió Howard, mirando sus notas, después al mapa y sintiendo que todo aquello no era más que un monumental lío destinado a hacer que se matara sobre un cerro norteafricano.

—El dejar al descubierto una hilera es para que no pensemos que no hemos encontrado el campo.

Ibarra, inopinadamente, abrió la puerta de la oficina y salió al hangar, deteniéndose bajo el voluminoso morro del *Lysander*; Howard le siguió, y pudo olisquear el tufo a gasolina de alto octanaje, aceite y metal que emanaba del aeroplano.

—Para volver, con recalar de nuevo en la baliza... —argumentó el norteamericano.

—Exacto, pero trepando como un loco hasta los dos mil metros; hay demasiados montes entre *Phantom* y Sidi Sebbar.

—Ya —estuvo conforme Howard, que miró hacia el avión sin atreverse, todavía, a escalar la estructura para alcanzar la cabina.

—Con eso evitamos el tener que operar con la radio encendida, sería muy peligroso —explicó el otro, acariciando con una mano el aluminio pintado de rojo con manchas y churretes aceitosos provenientes del enorme tubo de escape.

—Por supuesto —Howard, sin saber el porqué, sintió urgencia en demorar su ascensión hasta la carlinga, y buscó prolongar la conversación sosegada allí abajo— ¿Y la gasolina, cómo llega hasta aquí?

—La gran pregunta —sonrió el otro—: por avión.

—¿Por avión? Pensé que llegaba por tren hasta Béchar.

—La de aviación sí, pero la otra sería más difícil de explicar a las autoridades —se apoyó en una de las palas de la hélice—. La gasolina de automóvil que introducimos de contrabando llega por aire, ¿te extraña?

—No —recordó Howard—, durante el puente aéreo de Berlín se han usado aviones hasta para transportar carbón, así que...

Ibarra, de pronto, hizo un gesto y señaló hacia arriba, a la vez que el tronar de un potente motor hacía vibrar las delgadas planchas metálicas del hangar.

—Pues nuestro petrolero volante está a punto de llegar. Salgamos a recibirlo —dijo, sonriendo con ojos de loco y encasquetándose un arrugado sombrero de lona.

Fue un alivio salir de allí, y Howard se sintió intrigado al no saber a qué achacar su renuencia a sentarse a los mandos del que iba a ser su caballo de batalla durante los próximos meses; a no ser que, como dijo el escocés, no pifiara el primer aterrizaje en *Phantom Field*.

Apenas salieron al sol de la mañana, pudieron ver aquella monstruosidad virando y orientándose hacia la cabecera de pista. Con una parsimonia que hacía que su vuelo pareciera irreal, el biplano inmenso planeó hasta que las ruedas de su ancho tren de aterrizaje tocaron el suelo con un chirrido, alternativamente, y una nube de polvo disimuló la falta de precisión de la toma de tierra, aunque Howard pensó que no debía de ser fácil manejar un armatoste de aquel tamaño y con aquellas alas.

—Ahí lo tienes —dijo Ibarra, mientras que otras personas se iban congregando en la rampa de carga—, ese es el *Mehari*.

El destartado avión, decorado como un aparato perteneciente a un circo volante, posó la cola y se dirigió hacia ellos con su motor en estrella girando a pocas revoluciones.

Howard vio que, aparte los hombres, a algunos de los cuales no conocía, también habían acudido Lilian, la esposa de Harry, y Martha, la de Bob Drake, por lo que pensó que la llegada del *Mehari* era todo un acontecimiento para *Palms Field*.

Volvió la vista hacia el avión, cuando el piloto aplicaba los frenos y los operarios colocaban los calzos bajo las ruedas. Estudió las formas de aquel aparato pintado de gris plata con las alas a cuadros negros y amarillos, muy vistosos, y que lucía en la cola la bandera tricolor francesa.

—No te esfuerces —dijo Ibarra, que captó su interés por identificar a aquella rara aeronave—, no lo conoces. Es un diseño propio de *Air Touareg* o, mejor dicho, de sus dueños. Está creado específicamente para transportar gasolina; aunque, oficialmente, este aparato es un fumigador de cosechas adaptado al vuelo postal —soltó una risita.

Tenía motor en estrella, sin carenar; dos enormes planos, el superior de un extremado grosor, y la cola, también pintada a cuadros amarillos y negros, evidenciaba, por el tamaño de su timón de dirección, el interés de los diseñadores por corregir la vulnerabilidad de los biplanos ante el viento lateral, sobre todo durante los aterrizajes y despegues.

—Es grande —dijo solamente.

—¿Sabes cuánta gasolina puede transportar? —preguntó, con expresión enigmática, el único piloto del *Lysander* hasta el momento.

—Ni idea —respondió Howard, apreciando una protuberancia alargada en la parte inferior del fuselaje, sin duda el fondo del tanque principal.

—Sumando la que necesita para volar y la otra, casi ocho mil quinientos litros.

—Cinco toneladas —se admiró Howard.

—Una bomba volante —admitió el otro.

Iba a hacer el americano un nuevo comentario, cuando la sorpresa se lo hizo olvidar al ver que el piloto que saltaba al suelo desde aquel mastodonte era una mujer, que se

despojó del casco de vuelo, dejó ver una atractiva melena rubia y caminó, con semblante alegre, hacia el grupo formado por las dos mujeres y el resto de los pilotos.

—Es una chica... —pudo decir.

—Lo es, te lo aseguro —remachó el español—, pero no creas que has acabado ya de sorprenderte; ahí donde la ves, aparte de hacer volar esa cisterna del demonio, ella misma ha sido uno de los que ayudaron a que naciera ese engendro.

—¿También es ingeniero?

—No, no lo es, pero tanto le da: ella es Claire Bousignac, y con eso lo hemos dicho todo.

—Bousignac —musitó Howard—, ¿es familia del presidente de *Air Touareg*?

—Puede que tenga algo que ver con él, es su hija —bromeó el otro, metiéndose las manos en los bolsillos y admirando las formas de la francesa, parcialmente ocultas por el tosco mono de vuelo, mientras reía con los otros sin dejar de lanzar miradas hacia ellos dos.

Howard creyó captar cierto deje de resentimiento en la voz de Ibarra, y le miró, interesado y, al punto, convencido de que el mal humor del otro era consecuencia de algún conflicto entre la chica y él; tal vez unas calabazas por parte de ella. Sonrió al pensarlo, viendo cómo el grupo se disolvía en dirección al barracón de servicios, sin que el español hiciera nada por dirigirse hacia allí, sino todo lo contrario.

Regresaron al hangar número Uno y volvieron a la importante y tediosa tarea de reparar, de cabo a rabo, todos los datos inherentes a los vuelos de contrabando; comieron allí, en la misma mesa atestada de papeles, planos y manuales que hubo que despejar. Después del almuerzo, le tocó el turno a los mandos y sistemas del *Lysander*, e Ibarra, con suma paciencia, fue enumerando los interminables pasos de cada uno de los procedimientos para operar el avión, desde el encendido del motor hasta los caprichos del vuelo lento y a un paso de la pérdida. Algunos aviones hicieron zumbir sus motores en la rampa de carga, pero ellos no les prestaron ninguna atención y, por fin, la tarde cayó sobre *Palms Field* cuando ya acababan de reparar ambas las peculiaridades del clima a todo lo largo de los casi cuatrocientos kilómetros de la ruta.

Para la puesta del sol, tanto Howard como Ernesto pedían un descanso a gritos, y más el último, que ya empezaba a experimentar los nervios previos al vuelo que aquella misma noche tendría que realizar.

Abandonaron el hangar y fueron hasta el otro lado de los edificios del aeródromo, caminando lento y tratando Howard de airear su mente embotada por cifras de velocidades, altitud, pesos y distancias.

El comedor estaba a tope, y al norteamericano le gustó el persistente rumor de las conversaciones, el ruido de los cubiertos y el entrechocar de la vajilla; le recordaban, inevitablemente, sus comidas en la escuela de vuelo y, después, en los barracones de su escuadrón, aunque aquellas últimas cenas solían ser menos alegres, agobiados como estaban todos por el fantasma del miedo a la siguiente misión, un poco como debía de encontrarse Ibarra.

La gran mesa rectangular soportaba el peso de la cena de catorce personas. El matrimonio Dover ocupaba uno de los extremos, y el opuesto era, al parecer, propiedad de los Drake. Ernesto y él se sentaron cerca del jefe de operaciones, seguidos de cuatro mecánicos de los que no recordaba el nombre. Al lado contrario, la rubia Claire compartía su charla con la señora Dover y con los franceses Albert y

Julien, ambos, según supo por Ibarra, ingenieros encargados de la puesta a punto del *Mehari*. Faltaba Dick Parker, el canadiense, pero, en su lugar, el encargado del correo de Tánger, la ruta del Norte, aderezaba la reunión con su piel oscura y unas facciones que parecían talladas en un rostro de ébano. Se llamaba Mark Shaeffer, era norteamericano también y, cuando sonreía, aunque fuera un poco, su dentadura iluminaba de un golpe la oscura expresión anterior.

Cuando estrechó la mano del negro, al presentárselo Dover, sintió una corriente de simpatía inmediata que, supuso, estaría basada en el hecho de ser compatriotas. Claire Bousignac, en cambio, le regaló una mirada taladradora y una sonrisa que, aun de compromiso, no por ello causó menos efecto en Howard; la rubia le tendió la mano, se la estrechó con una sacudida y continuó la charla con sus dos contertulios.

El recién llegado no supo a qué achacar aquella especie de sorpresa que siguió al saludo de ella; tal vez era que su espíritu se hallaba más que desquiciado por la brusca toma de contacto con aquel nuevo entorno, pero no tuvo más remedio que confesarse que se sentía impresionado por aquella chica francesa, y, aunque descartaba el efecto de saber que era la *hija del jefe*, tuvo un sentimiento muy parecido a un *dejavou* extraño que no sabía cómo explicar.

Howard, entre bocado y bocado, desvió su atención hacia Ernie, que conversaba, en francés, con el hombre sentado a su izquierda y que era, según le había parecido entender, otro español afincado en Orán. Pero, inevitablemente, sus ojos acababan posándose en Claire, que hablaba por los codos con sus dos compatriotas ingenieros y con Shaeffer.

La agilidad ocular de la francesa, mientras hablaba, tenía la facultad de hacer participar de su charla a cualquiera que se sintiera objeto de su mirada franca y directa, y Howard acabó rindiéndose del todo y, fingiendo una atención que no sentía por la conversación, aprovechó para estudiar a la hija del presidente de *Air Touareg*.

Claire Bousignac era una de esas bellezas que siempre habían amedrentado a Howard; la clásica chica atractiva que no disimula que sabe que lo es, pero que, a la vez, se comporta como si no tuviera conciencia de ello. Parloteaba, gesticulaba, reía y comía sin aparentar apercibirse en lo más mínimo de las miradas de la mayoría de los varones que compartían la mesa. Tal vez era que se hacía la fuerte, pensó Howard, y así, ignorando el deseo que provocaba, se afianzaba en su hueco de piloto y compañero del resto.

De todos menos de Ernie, y el recién llegado se afianzó en sus suposiciones de que algo importante debía de haber ocurrido entre ambos para que reinara aquella indiferencia.

El español, que concedía a los otros la deferencia de asistir a la cena con una camiseta caqui de tirantes por toda indumentaria superior, seguía enfrascado en su francés de tonos altibajos sin prestar atención aparente a la rubia y a sus dos acompañantes.

¿Eran celos quizá...?

—¿Más café, Howard? —preguntó Lilian Dover.

—Gracias.

Prestó atención a aquella mujer de rasgos duros y presencia amable, y respondió a varias preguntas de ella, interesada por su lugar de origen y su familia. Mantenía Howard la mitad de su atención en la charla con la esposa del jefe de operaciones,

mientras que, la otra mitad, se preguntaba aún el porqué de que Ibarra hiciera ostentación de su desprecio por la francesa.

Después, en un instante de descanso y con el fondo de la voz grave de Bob Drake, que hablaba desde el otro extremo de la mesa, Claire se dirigió a Howard con su inglés lleno de *erres* guturales que ella parecía forzar para aumentar su encanto.

—..., no le parece, Howard?

—¿El qué? Perdón, estaba distraído —sintió que se ruborizaba.

—Le decía a *monsieur* Dover —señaló al aludido con el extremo del tenedor—, que es como la pescadilla que se muerde la cola.

—Sí —se sintió idiota—. Bueno, la verdad es que no sé de qué estaban hablando y...

—Seguramente su mente estaba muy lejos de aquí —dijo Lilian, tocándole un brazo afectuosamente y sonriendo—, a causa de mis preguntas.

Howard le agradeció la ayuda desde lo más íntimo de su corazón.

—Hablabamos de la línea *Argel-Orán-Béchar* —aclaró la francesa—. El ferrocarril nos quita la mayoría de la carga; es mucho más barato. Por esa causa, nosotros mantenemos en ese trayecto un avión pequeño, el *Oxford* —sonrió, mirando a Bob—, aunque su piloto sea enorme. Claro que, si pusiéramos un *Dakota*, abarataríamos los precios y competiríamos con el tren, ¿no le parece?

—Un círculo cerrado, sí —convino él, deseoso de sufrir un ataque de inspiración que le permitiera quedar a la altura.

—Pero en Argel no se atreven a arriesgarse —habló Shaeffer con su voz de ritual secreto—. El Douglas, ahora mismo, tan sólo cubriría gastos; los envíos superan con creces las dos toneladas de carga que puede llevar con holgura, y la gente prefiere el tren, a pesar de que, como ocurre con las carreteras, la distancia y los accidentes geográficos son enormes.

—El tren tarda lo suyo desde Orán hasta aquí —le apoyó ella.

—¿Y por qué...? —Howard sintió que le brotaba la genialidad de improviso; quiso aguantarse la frase, pero le salió en un momento en que el silencio de los demás propició el que se destacara.

—¿Decía, *monsieur* Lawson? —le incitó Albert.

—No, que si las cargas consignadas son tan elevadas, ¿por qué no poner en esa línea un avión más grande? Eso abarataría aún más los costes y el remitente no tendría que esperar dos vuelos para hacer un envío.

—¿Está sugiriendo la compra de uno de esos enormes DC-4 tan americanos? —dejó caer Julien, que hablaba inglés mucho mejor que cualquiera de los franceses presentes.

—No, pensaba en que ustedes, los franceses, tienen uno muy bueno —se dirigió exclusivamente a Claire—, un cuatrimotor.

—¿El *Languedoc*? —la francesa masticó una rodaja de zanahoria y alzó las cejas ante la alusión.

Hasta Harry Dover intervino, a una pregunta de su mujer.

—Es uno de los mejores productos franceses en servicio —le aclaró.

Todo el mundo guardó silencio de improviso, y Howard se sintió terriblemente incómodo, pues Ibarra le miró durante un instante, volviéndose luego hacia su compatriota, que le musitó algo al oído.

—¿Tiene usted idea de lo que cuesta un aparato de esa clase? —preguntó Albert, sin una intención clara.

—No, pero les ruego que me disculpen si acabo de decir una tontería.

—En absoluto —Claire tragaba los restos de la zanahoria con la vista fija en su copa de vino—. Uno de alquiler podría darnos una muestra de su aceptación en el mercado, y, si resultara... Creo que es una buena idea, ¿no le parece, Harry?

—Puede —casi llegó a afirmar, parco en elogios como siempre, Dover.

—Habría que convencer a los de Argel; hasta ahora no han dado muestras de querer efectuar una inversión de la categoría del *Languedoc*.

—Bueno, yo podría hablar con papá —los ojos de ella se posaron en los de Howard, y éste, por primera vez, no se sintió amilanado, sino preso del terror más absoluto al imaginarse subido en la idea que acababa de esbozar y que, sin poderlo impedir, resbalaba a toda velocidad por la cuesta abajo helada de su insensata vanidad.

Fue capaz de devolverle la sonrisa y, en ese preciso instante, Mark Shaeffer rió al hablar, señalando a Ibarra.

—Vas a reventar de tanto comer.

—En la Argelia francesa, los bantúes se callan la boca —simuló enfadarse el español—. Además, si tengo que estrellarme, será mejor que lo haga con el estómago lleno.

Todo llegó de golpe: el avión, el vuelo nocturno, la gasolina a bordo y el difícil aterrizaje en un rincón perdido del territorio español. A Howard, la idea de que sería el siguiente en hacer el trabajo le hizo añicos su paz interior.

Cuando, poco después, Ibarra se puso en pie, Howard usó su servilleta y se despidió de la concurrencia con un leve movimiento de cabeza.

—Te acompaño —le dijo al español.

Caminaron juntos hacia la zona de hangares y, antes de llegar, Howard no pudo resistir la tentación de preguntar.

—Oye, Ernie, ¿qué es lo que tienes contra esa chica?

El otro no contestó inmediatamente; siguieron caminando hasta alcanzar el hangar número uno. El *Lysander* estaba fuera, con las lonas que cubrían el parabrisas y el motor retiradas, los calzos puestos y la sección corredera de la cabina posterior, ocupada por el depósito extra de contrabando, descorrida hacia atrás.

Ibarra se dirigió directamente hacia el avión y, ante el desconcierto del otro, que esperaba una respuesta, se puso a hacer la revisión prevuelo.

No debía haber preguntado; al parecer, había herido algo dentro del español, y eso era algo que Howard no hubiera deseado hacer, y mucho menos teniendo en cuenta que era un recién llegado que se suponía debía granjearse la amistad de sus nuevos compañeros.

Asistió, en silencio, a cómo Ibarra repasaba las puntas de la hélice, la cubierta anular del motor y el tren de aterrizaje izquierdo, lentamente, ayudado por su linterna ya que la luz diurna se había marchado hacía rato por el Oeste, y deteniéndose cada vez que pasaba sobre los ligeros raspones en la pintura y abolladuras que el uso imprime sobre cualquier máquina a lo largo de su trabajo.

—¿Que qué es lo que tengo contra ella? —dijo, de improviso, mientras repasaba con ojos y manos las riostras que unían el ala al tren de aterrizaje.

Howard, sorprendido, no respondió, ni siquiera asintió, sólo observaba al otro, que soltó una risa sardónica y trepó hasta situarse a la altura del ala, que parecía un alargado parasol naciendo de la parte superior de la cabina.

—¿Pues qué voy a tener!? —echó un vistazo al revestimiento de la parte inferior del ala y se descolgó de un salto.

El norteamericano seguía mirándole hacer, casi sin querer respirar; esperaba y observaba la actitud poco corriente del otro, que parecía rumiar eternamente sus respuestas.

—¡Claire Bousignac! —cogió una especie de escalera de cuatro patas y la arrastró hasta la parte inferior del extremo del ala del *Lysander*. Luego, subido a ella, pudo alcanzar a ver y tocar el alerón de babor, comprobando el estado de los bulones— ¡El clan Bousignac!

Bajó del altísimo taburete y siguió con su trabajo, esta vez a lo largo del costado izquierdo del fuselaje, donde estaba fijada una escala exterior, muy práctica a la hora de abordar la elevada carlinga posterior, y diseñada expresamente para recoger pasajeros sin apenas detener el avión, como había sucedido infinidad de veces en la Francia ocupada a la hora de rescatar algún piloto ante los mismos fusiles de las tropas nazis.

Al llegar a la cola, que se apoyaba en su pequeña rueda, se detuvo un instante, mirando en silencio la bandera española estarcida sobre la deriva, como si pensara en algo en concreto.

—Hay que llevar seis meses largos —dijo en voz baja—, haciendo vuelos continuamente; día sí, día no. Algunas veces, ¡suerte!, el tiempo te obliga a quedarte en tierra y descansar dos o tres noches seguidas... —siguió con su inspección, caminando alrededor de la cola y repitiendo la operación anterior a lo largo del costado derecho. Howard, deseando ayudar, corrió a por la plataforma y la colocó bajo el extremo del ala de estribor.

Ibarra revisó el tren de aterrizaje derecho, al cual iba sujeto un reflector adicional y, situándose bajo el vientre del avión, purgó el tanque principal de combustible hasta que el agua residual dio paso a un chorrito de gasolina; luego, se arrodilló para comprobar que el tanque en forma de cigarro puro, sujeto a la parte inferior del avión y que también contenía gasolina adicional de contrabando, colgaba firme de sus anclajes.

—..., te esfuerzas en servir a la empresa; te juegas la vida en cada aterrizaje, hundiéndote en la mierda de la ilegalidad, y te lo pagan así —se dirigió hacia la plataforma que Howard había situado convenientemente—: un buen día, llega por aquí ese diablo rubio y todo cambia, ¡todo!

El alerón funcionaba correctamente; Ibarra saltó al suelo y miró a Howard, como si esperara alguna respuesta de éste, pero encaminándose después hacia el interior del hangar, continuando con su diatriba.

—Pues sí. Un buen día, llega aquí esa niñita con su destartado avión y, ¡hala!, todo el mundo a sus pies: ¡qué guapa es, y qué valiente! —Ibarra simulaba el acento galés de la mujer de Harry Dover— ¡Es muy inteligente, una verdadera joya; su padre puede estar muy orgulloso de ella...!

Una vez dentro del hangar, el español entró en su pequeña oficina y encendió la luz, seguido de un Howard silencioso y atento.

—Y no creas que los elogios vienen sólo de parte de las mujeres, por aquello del espíritu de cuerpo, no; hasta el mismísimo Harry, *el predicador*, esa fiera con pretensiones de moralista, está completamente encandilado. La trata como si, realmente, fuera verdad todo lo que dicen de ella, como si la muy engreída fuera algo

así como Lindberg y los hermanos Wright, todo en una misma pieza. Y, para colmo, no escatiman alabanzas para ese engendro de aparato que ella dice que ha diseñado..., ¿te das cuenta? ¡Diseñado!, como si coger el lápiz y ponerse a proyectar aviones fuera una cosita de nada.

—Pues es lo que me ha parecido entender —intervino Howard.

—Claro, como que es de lo que ella está más orgullosa —Ibarra conservaba una media sonrisa despreciativa mientras acababa de abrocharse los pantalones de pana y se abotonaba la camisa, se ceñía la pistolera con el revólver, cogía su cazadora de cuero, los mapas, un bocadillo liado en un papel y una cantimplora con agua—; pero, en realidad, son esos dos imbéciles que andan todo el día babeando detrás de ella los que han hecho todo el trabajo.

—¿Albert y Julien?

—Los mismos —rió más fuerte—, ¡y no necesito que me digan cómo consigue ella que se comporten de esa forma!

Iban a salir del hangar, después de apagadas las luces, cuando el español se detuvo a unos centímetros de Howard. Afuera estaba oscuro del todo, pero alguien había encendido una luz situada sobre la fachada principal; había gente junto al *Lysander*.

—Óyeme bien —dijo—, esa tipa nos va a quitar el puesto —Howard no contestó, y el otro echó a andar hacia el avión—; lo que yo te diga. Ella y su maldito biplano van a ser los únicos que trabajen de verdad en esta apestosa compañía; y nosotros, ¡a la calle!

—Necesitarán relevos. Por muy buena que sea ella pilotando, no pueden arriesgarse a que...

—¿Buena? —se detuvo—, ¿buena dices? ¿Es que no viste cómo hizo aterrizar esta tarde al *Mehari*? —otra vez caminando—. Es una advenediza, una..., niña de papá que se entretiene jugando con los cachivaches de la familia.

Llegaron junto al *Lysander*, y Howard estaba hecho un mar de dudas. Hubiera preferido no haber iniciado la conversación que, a todas luces, afectaba en gran manera a su compañero, si bien se daba cuenta de que toda aquella perorata agresiva le servía al otro para descargar parte de los nervios anteriores al vuelo. Por otra parte, Howard reconocía que Ibarra se había excedido en calificar el aterrizaje de Claire como algo censurable, y más teniendo en cuenta que aquel monstruo iba cargado con ocho mil litros de gasolina, que era un aparato recién diseñado y que, accionar sus superficies de control, de tamaño más que respetable, debía de costar un gran esfuerzo hasta para un hombre fuerte en plena forma física. De cualquier manera, el español, que llevaba allí mucho más tiempo que él, estaba muy afectado por el trago amargo del despido, que el creía cercano, después de haberse dejado las pestañas en la cabina del *Lizzie*.

Un operario argelino, encaramado sobre el morro, limpiaba prolijamente el parabrisas de manchas de insectos y polvo depositados sobre él, y otro se acercó para entregar a Ibarra unos papeles con los datos de la carga que llevaba a bordo.

Howard lo leyó por encima del hombro: ochocientos litros de gasolina, veinte latas de un galón de aceite para motores, tabaco rubio americano, un cajón de medicamentos y cien litros de agua de colonia.

El norteamericano sonrió para sí, preguntándose quién sería el encargado de confeccionar las listas de lo que iban a llevar cada vez. Tratando de aliviar la tensión,

esperó a que el otro diera el visto bueno y se colocara la zamarra de piel, para preguntárselo.

—¿Que qué quien dice lo que hay que llevar? —soltó una carcajada y escaló el lateral del aparato hasta alcanzar la cabina, abierta y vacía; una vez en el interior, Ibarra se pasó los cinturones sobre los hombros e hizo la señal de *despejen* desde lo alto— ¡Pues quién va a ser: ella misma!

Conectó los giróscopos y la masa de arranque, que comenzaron a girar con un pitido zumbón desde las entrañas del avión. Luego, mientras encendía las luces interiores del tablero, las de posición y las de carreteo, el plato de inercia, un pesado volante de cinco kilos de peso, había alcanzado ya más de diez mil revoluciones por minuto, y el piloto lo embragó al motor. Sonó un zumbido agudo y decreciente, y la energía acumulada por la masa hizo girar el motor del avión; la hélice comenzó a moverse, perezosa, mientras se agotaba la inercia del arranque; el motor escupió un par de veces y, después, se puso en marcha atronando la noche.

El viento de la hélice hacía que se agitaran las ropas y los cabellos, y los operarios retiraron los calzos y se alejaron, contentos de sustraerse al huracán ensordecedor. Ibarra dejó que el motor se calentara, y Howard, mientras tanto, se hacía cargo de que un estremecimiento le recorría el cuerpo al pensar que él estaría allí arriba, en la cabina, para el siguiente viaje, dispuesto a llevar a cabo su primer vuelo de contrabando.

Se alejó unos pasos y gritó un *buen viaje* que se perdió en medio del rugir del motor Bristol *Mercury* de ochocientos setenta caballos de fuerza. Después, el español hizo una seña de despedida y apretó ligeramente el gas para iniciar el carreteo, dejando que el avión rodara despacio sobre el hormigón de la rampa en dirección a la pista.

Howard, mientras observaba, intuyó la presencia cercana de alguien y, al volverse, vio a Claire, que también contemplaba el avión que se alejaba en la oscuridad. Se sintió incómodo al tener que darle la espalda, y retrocedió un poco hasta ponerse a la par de ella, pero ninguno de los dos dijo nada, aunque Howard, sin saber a qué atribuirlo con claridad, se sintió inexplicablemente reconfortado por la proximidad de ella.

Sobre la pista, después de una atronadora prueba de magnetos y hélice, el Westland inició la carrera de despegue, buscando alcanzar la velocidad necesaria haciendo aullar su motor. Sin alzar la cola, avanzó más deprisa y, poco después, volaba sobre la pista, ascendiendo y virando suavemente hacia el Norte, y, al apagar sus luces, confundió su sombra con el manto negro cuajado de estrellas.

—Es bonito —dijo Claire, cuando el rumor del avión decreció con la distancia—, ¿lo ha volado ya?

—Aún no. Mañana, mientras Ernie esté durmiendo, lo haré.

—¿Y va a hacer un viaje esa misma noche? —Howard notó que el acento de ella parecía desaparecer un poco—, ¿con tan poca práctica?

—Al parecer, es necesario —se encogió él de hombros, buscando con ansiedad las palabras más plausibles—. Ernie está agotado y los vuelos no se pueden interrumpir.

—¿Eso le ha dicho Harry? —inquirió ella, con su voz aguda y agradable a la vez.

—Sí, eso, ¿por qué?

—Porque le están engañando —dijo ella con desparpajo—. Usted no es imprescindible, nadie lo es; Dick Parker puede hacer ese trabajo, incluso Mark ha

volado alguna vez a *Phantom*, lo que ocurre es que usted es un novato y —se sobresaltó un tanto—. Perdóneme, no quería...

Guardó silencio, esperando una respuesta, pero Howard no supo qué decir, ni siquiera se molestó en hallar una frase adecuada; su mente trabajaba sobre la amenaza latente del comportamiento de ella. A pesar de la atracción que sentía, no se fiaba de Claire, tenía que reconocer que gracias a las palabras de Ernie, que habían hecho un retrato robot perfecto de la personalidad de la francesa; aunque, ¿sería cierto todo lo que había dicho, o eran apreciaciones subjetivas del español, quemado por su agotador trabajo?

De cualquier modo, era capaz de apreciar que Claire estaba usando una táctica fácil para embaucarlo, haciéndole ver que se ponía a su favor para defenderle como al recién llegado desamparado que era, pero sin caer en el detalle de que el novato tenía criterio propio.

No pensaba aceptar su ayuda.

—Ya hemos hecho un estudio del vuelo, y tengo más de mil cuatrocientas horas en monoplazas para saber lo que hago —dijo, dejando claro que no era ella la única satisfecha del propio currículum.

Claire se encogió de hombros e hizo un gesto con la cabeza, como quitándole importancia al asunto y aspirando el aire fresco y seco del desierto. A Howard, incluso, no le parecía ahora tan atractiva físicamente como durante la cena y, al notarlo, reparó en que, quizás, las ideas de Ibarra le estaban haciendo mella tan profundamente que trastocaban hasta sus apreciaciones visuales.

Sin ponerse de acuerdo, comenzaron ambos a caminar.

—Hágame caso —dijo ella, volviendo al tema—: procure volar el avión por primera vez en compañía, con alguien que lo conozca; es un consejo de amiga.

Otro alarde gratuito ¿Qué esperaba, que al regalarle el beneficio de su amistad Howard cayera rendido a sus pies? Estaba lista si esperaba hacerle picar de aquel modo tan burdo. Se gustaba a sí mismo al ser capaz de desenmascarar las artimañas de Claire, pero buscó, no obstante, una forma de negar sin hacerlo realmente.

—¿Y desmontar el depósito de contrabando interior para reinstalar el asiento posterior? —mover Howard la cabeza en sentido negativo—. Harry no lo permitiría.

Ella pareció aceptar, arrebujiándose en el chaquetón ante el primer envite del frío del desierto.

—Entonces pruebe, al menos, a volarlo con ese tanque lleno. Cuando le meten toda la carga, ese *Lizzie* se vuelve muy pesado de cola.

Dijo adiós con la mano y se alejó hacia los alojamientos, y Howard esperó unos instantes antes de desatar los dogales del razonamiento.

Pero, ¿qué se había creído aquella mujer? ¿Desde cuándo un aficionado como ella se permitía el lujo de aconsejar a un piloto de combate sobre cómo conducir un avión?

Recordó, por un instante fugaz, cómo el *Lysander* corría para despegar con la cola posada en la pista, un rasgo inusual pero que Howard ya sabía era una característica específica de aquel modelo en concreto: ningún *Lysander* alzaba la cola antes del despegue, por lo que la pesadez trasera que Claire achacaba a la carga podía ser una forma de meterle miedo o, también, de mostrarse ante él como el hada madrina de los recién incorporados a la empresa.

Tal vez, después de todo, Ernie tenía razón, y él había hecho bien en pararle los pies a aquella engreída.

**PHANTOM FIELD, AL ESTE DE ALHUCEMAS
MARRUECOS ESPAÑOL**

En la oscuridad de los montes del Rif, el rumor de los árboles al ser movidos por el viento era todo lo que se sumaba a la pausada respiración de los dos hombres; algunas rachas ululaban muy quedas por entre las castañeantes ramas de una encina cercana, y Remigio González alzó el anemómetro de mano y observó la lectura de las agujillas: diez nudos de velocidad punta de la racha no era demasiado, y renunció definitivamente a ocultar una de las hileras de estacas.

A su lado, Bachir permanecía también en silencio, mirando hacia el Sur y esperando ver lo que tenía que llegar. Media docena de hombres, marroquíes como él, esperaban igualmente, pero retirados unos metros, como dando a entender que pertenecían a distinta condición social; eran el equipo de descarga, braceros contratados que se ganaban unas perras para sobrevivir, y se diferenciaban claramente de otro grupito más reducido entre los que se encontraban Ráchid y Misián, ambos sobrinos de Bachir, incondicionales de éste y, a la vez, guardaespaldas, consejeros, secretarios y lugartenientes.

Ex-xerif mulay Bachir ben *hach* Táieb ben Abdal-lah el-Ukilí —*Si Bachir* para los inmediatos—, era el último representante de un linaje oscuro y antiguo, quizá más antiguo por lo oscuro, pero al que no se le podía negar un ascendiente indiscutible sobre todos los demás mortales que le rodeaban. Hijo del *xerif hach* Táieb ben Abdal-lah, quien, a primeros de siglo, había combatido con bravura tanto a las tropas españolas como a los soldados del *Majsén*, el gobierno del sultán, *si* Bachir había continuado la obra de su padre, haciendo gala de ser el caudillo de un territorio totalmente insumiso a las órdenes y tributos debidos a Su Majestad Imperial.

Cuando los franceses se adueñaron de la mayor parte de Marruecos y proclamaron al, según ellos, sultán legítimo, el territorio que quedó bajo la *protección* española pasó a ser gobernado por un *jalifa*, un representante de ese sultán odiado en el Rif. El Jalifa, doblemente títere, que residía en Tetuán, se esforzó en un principio por demostrar su poder y hacerse digno de su cargo, pero le fue completamente imposible. La zona bajo su responsabilidad, que comprendía desde la costa del Atlántico, al Norte del río Lucus, hasta los territorios de la desembocadura del Muluya, al Este, estaba habitada por los genuinos representantes de la libertad, la independencia y la insumisión.

Gomaríes, yebalíes, rifeños, garets, kaláias y kebdanas formaban un conglomerado histórico de raíces y etnias ligeramente distintas, pero todos con un denominador común: pertenecer secularmente al *blad es-siba*, el territorio incontrolado que nunca había pertenecido ni obedecido al sultán, y que jamás pertenecería ni obedecería totalmente a nadie, salvo a ellos mismos.

Pero habían llegado los españoles con sus tropas, sus cañones, sus barcos de guerra y sus aviones, y, después, también los franceses se les unieron para hacer que el caudillo Abd-el-Krim doblara la rodilla y huyera como una hiena cobarde, dejando que los más aguerridos de sus hombres cayeran en la lucha sin cuartel que sobrevino, cazados como fieras en las altas cumbres de las montañas rifeñas.

Y los hombres como *ex-xerif mulay hach* Táieb ben Abdal-lah murieron en la incertidumbre de saber si, por vez primera, sus tierras y los hombres que las poblaban serían dominadas y doblegados por un enemigo extranjero.

Bachir ben *hach* Táieb, su hijo, sabía que no sería así. Muchas otras veces, plantas extrañas habían hollado territorio marroquí; desde los fenicios, los cartagineses, los romanos, los vándalos, los bizantinos y, por último, los árabes. Y la estrategia a seguir había sido siempre la misma: cuando el enemigo era débil, se le combatía hasta el exterminio; cuando era fuerte, se le dejaba avanzar, establecerse; se le dejaba creer que era el dueño y, después, el tiempo y la historia acababan con todos ellos. Más tarde o más temprano, todos terminaban por marcharse y les dejaban en paz..., o dejaban sitio a otros invasores que ocupaban su puesto. Este era el sino de las cábilas bereberes, y lo aceptaban, y subsistían a pesar de ello.

Aunque Bachir *hach* Táieb era una excepción. Beni Ukil, la cábila a la que pertenecía era, junto con otras pocas, un vestigio de la única invasión que había logrado perpetuarse en aquellos confines. Al igual que Beni Snasen, Ulad Stut y alguna otra tribu perdida por el Norte de Marruecos, Beni Ukil era una cábila árabe, y sus gentes descendían de aquellos que llegaron de Oriente con las palabras del Profeta escritas en un libro, que les abrió el camino de una invasión con visos de futuro. Eso sí había perdurado y, entre la mezcolanza de tribus bereberes *imasiguen*, estas pocas cábilas árabes se distinguían por llevar en su sangre la herencia de aquellos que les abrieron los ojos a la fe del Islam.

Pero, además, *si* Bachir era un *xerif*, un descendiente directo del mismísimo profeta Muhammad; y, si bien la legitimidad de esta ascendencia podía perderse en los recovecos de la Historia, los Táieb poseían el bien inapreciable de ser considerados *xorfa*, miembros de la familia del profeta, remontándose sus antepasados hasta Husáin, hijo de Fatima y nieto del fundador del islamismo.

En aquel mundo aparte, donde las cábilas *imasiguen* del Marruecos septentrional vivían y prosperaban, aunque a veces fuera guerreando entre sí, *ex-xerif mulay* Bachir ben *hach* Táieb era, por así decirlo, un aristócrata.

Aquella noche, Remigio González se sentía algo incómodo por la presencia de Bachir —*si* Bachir, si uno no quería ver caras serias y algo ofendidas—. No era corriente que el máximo responsable de las operaciones de contrabando en la zona española estuviese presente en un acto de entrega; aunque, por otro lado, eso era señal de que las cosas marchaban bien; el que Bachir estuviese allí indicaba que no se temía una emboscada por parte de la policía o el ejército, y ello tranquilizaba al español, que sabía que, ni por asomo, su jefe iba a exponerse a un roce con las fuerzas del orden españolas o las del propio *Majsén*.

A pesar de que Bachir vivía no lejos de allí, en Mídar, fuera del territorio de su tribu de Beni Ukil para evitar comprometer a los suyos, controlaba una inmensa zona por la cual viajaban los artículos a lomos de mulos, dromedarios y algunos, muy pocos, camiones de su propiedad. Parte del contrabando utilizaba las sendas que cruzaban los territorios de Beni Tusin, Tensaman y Beni Ulishek para alcanzar la costa y ser distribuido por medio de barcos de pequeño porte a localidades del litoral marroquí o, en algún caso, hasta en las mismas playas de Andalucía. Otra cantidad importante era llevada directamente a la gran casa de Mídar, para ser repartida luego por toda la zona de la cuenca minera de Uixan, Nador y Melilla. La última parte viajaba hacia el Oeste, hacia Tetuán, la capital del Protectorado, Ceuta o la misma Tánger.

Y para lograr todo ello, *si* Bachir debía moverse con sabiduría, entrevistarse con altos cargos, sobornar a los responsables de la Aduana y ganarse de esta forma un estatus que le hiciera intocable.

Era muy hábil, y su negocio prosperaba, aunque tuviera a veces que comportarse de forma poco adecuada a su linaje; aunque tuviera que derramar grandes cantidades de dinero para cerrar bocas y aunque tuviera que ceder hasta su propia casa para llenar la barriga de los altivos dominadores que, casi siempre, no se conformaban sólo con eso y exigían más.

Por fortuna, todos ellos eran sobornables fácilmente; en España y en Marruecos había escasez de todo; los gobiernos eran pobres, los sueldos escasos, y, para los responsables, era sencillo cerrar los ojos y abrir las bocas para engullir la abundancia, fumar cigarrillos americanos, acostarse con barraganas baratas o tratar de enriquecerse vendiendo litros de escasa y apreciada gasolina.

Tan completamente absorbido había estado siempre *si* Bachir que, incluso, había tenido que prescindir de algo tan importante para un *xorfa* marroquí como es la propia familia. Lo había intentado dos veces, pero no había conseguido que ninguna de sus dos mujeres le diera el hijo que esperaba antes de tener que dedicarse a tan agobiante ocupación. La primera mujer no había podido darle prole, y la segunda, mucho más joven, había muerto, no sin antes regalarle el bien máspreciado de todos cuantos poseía: su hija Zahra, su joya más valiosa que vivía rodeada de cuidados en la casa de Mídar, a la espera de que un varón adecuado, a ser posible *xorfa* también, la desposara y Bachir pudiera ver así perpetuada, en los nietos que seguramente vendrían, la estirpe selecta de su sangre escogida.

Remigio González oyó silbar el viento de nuevo, pero no había aumentado más que uno o dos nudos, y la voz de Bachir se mezcló con el sonido de la racha.

—¿Se retrasa?

—No, *si* Bachir; todavía es pronto.

—¿Has comprobado que estén encendidas las fogatas de Suf?

—Por supuesto.

—Misián —llamó a uno de sus sobrinos.

—*Naám, ia sidi* —respondió el aludido, acercándose respetuosamente.

—Ten preparado el coche, quiero salir en cuanto acaben de descargar el avión —ordenó, hablando en español.

—Está listo ahí, detrás de los árboles.

—Muy bien —volvió la vista a Remigio—, nunca se sabe.

—Aquí no corremos peligro, *sidi* ¿Quién va a dejar su cama para venir a molestar a estos cerros solitarios?

—*Inchá Al-lah* —musitó el otro.

—Por supuesto que Dios lo quiere así —afirmó Remigio—. Mire, ahí está —alzó el brazo hacia la noche, donde un potente foco se acababa de encender desde el Sur.

Los hombres de González habían probado ya los catadióptricos, usando sus linternas, así como que la pista estaba libre de animales grandes y ramas que el viento hubiera arrastrado hacia ella; y todo estaba listo para efectuar la operación de descarga lo más rápidamente posible.

Poco después se oía el motor, girando a bajas revoluciones; el foco que venía de la noche les cegó, y oyeron silbar el aire contra el avión y el *fru-fru* de la hélice sin

fuerzas. Luego, unos golpes sordos y huecos dieron paso al estruendo de la toma de tierra.

Remigio encendió la linterna de pantalla azul y la movió como si se tratara de un jefe de estación de ferrocarril; el aparato, cuyos costados brillaban tenuemente, aumentó la potencia de su motor para girar y dirigirse hacia ellos.

Dentro ya del haz de luz de un faro auxiliar, que alguien acababa de encender desde el camión, la gran hélice y el elevado morro del Westland *Lysander* se cernió sobre ellos, lanzando llamas azuladas por el grueso tubo de escape.

Con el motor ya parado, después de unas falsas y atronadoras detonaciones, retornó el silencio al paisaje, mientras las figuras silenciosas y apresuradas se acercaban al aparato, a la vez que el piloto descendía de su alta cabina.

Bachir y Remigio se acercaron.

—As-salam ua-aalicum —saludó Ibarra.

—*Ua-aalicum as-salam* —respondió el mismo Bachir, sonriendo en la oscuridad por el detalle del aviador.

—Hola, buenas noches —Remigio estrechó la mano del piloto—, ¿buen viaje?

—Bueno, muy bueno; un poco fuerte el viento cerca de aquí..., ¡sí Bachir!, ¿cómo usted por aquí? —Ibarra se sorprendió al reconocerle en la oscuridad desgarrada por las linternas—. Me alegro de verle.

—*Ahlan ua sahlan* —le dio la bienvenida el árabe, alzando su mano para estrechar la de aquel español que había preferido hacerse francés.

Los hombres de Remigio habían tomado el avión casi por asalto, rodeándolo y haciendo entrechocar las petacas *jerrican* al alinearlas junto al costado izquierdo del aparato. Dos de ellos, encaramados en la cabina trasera, accionaban la bomba manual que enviaba, por medio de un tubo de goma, la gasolina de automóvil que llenaba una a una las petacas.

—Mañana habrá viento —dijo Remigio, mientras Ibarra inspeccionaba el tren de aterrizaje en busca de algún raspón o abolladura más importante de las que ya mostraba, mientras el motor *Mercury* crujía al enfriarse.

—¿Va a aumentar? —preguntó el piloto, apagando su linterna y venteando el aire, como un ciervo a punto de ser atacado por una manada de lobos.

—Creo que sí —afirmó Remigio, contando los paquetes que otros de sus hombres hacían descender por el lado contrario al ocupado por la manguera.

—Bien, bien; eso viene bien para todos.

—¿Es que nadie quiere trabajar mañana? —inquirió Bachir desde debajo del ala oscura.

—No, no es eso —Ibarra encendió de nuevo su linterna para repasar, una vez perdido el calor, el tubo de escape, que brotaba de la parte inferior derecha del morro—; es que hay un nuevo piloto para *Lizzie*.

—¿Otro?

—Sí, nos turnaremos a partir de mañana. Pero, si no hay vuelo, mejor —sonrió Ibarra—, así tendré tiempo de enseñarle algo más.

—¿Vendrá solo? —Remigio González, que nunca había comprendido cómo podía haber gente capaz de conducir semejantes máquinas, se rascó la cabeza.

—Eso quiere el jefe; por eso digo que es mejor no venir mañana: si no aprende bien, peor para él y para mí —Ibarra empujó a uno de los rifeños que se había apoyado demasiado en el delgado costado de aluminio del fuselaje—; para él porque,

si no practica, puede matarse; y para mí porque, si rompe el avión, me quedo sin empleo.

Bachir y Remigio rieron quedamente, el primero sin dejar de seguir con los ojos la descarga del avión. Se fiaba de Remigio, nunca le había fallado como transportista y organizador de los puntos de destino, de la distribución, de las vías a seguir y del momento idóneo para hacerlo, pero, en aquel negocio...

—¿Y el negro? —preguntó González— ¿No viene más?

—Ni el negro ni el otro anterior; son unos acojonados que prefieren las rutas largas y tranquilas, a pesar de cobrar mucho menos..., claro que, seguramente, vivirán más —soltó una carcajada.

—Esto ya está, me parece —dijo Remigio, acercándose a los que, en ese momento, vaciaban el depósito adicional sujeto al vientre del aparato. Sus otros hombres tapaban la última petaca y retiraban el tubo de goma.

Los encargados del depósito de la cabina posterior bajaron del avión por la escala fija del costado e hicieron una seña. Ernesto Ibarra miró el conjunto: cuarenta petacas de gasolina, veinte de aceite y las cajas de cartón que contenían el resto de la mercancía.

—¿Está todo? —le preguntó a Remigio, que comprobaba su lista y le devolvía una copia en papel carbón, tendiéndole el original para que lo firmara.

—Buen viaje de vuelta.

—Gracias.

Ibarra se acercó a Bachir y le tendió la mano. Respetaba a aquel hombre que sabía sobrevivir en un mundo colonial donde, a pesar de su abolengo, era un individuo de segunda clase.

—Que tenga buen viaje, y me alegro de verle —le dijo el marroquí.

—Igualmente, *sí* Bachir, le deseo suerte.

—Braq al-lah fic.

Ernesto Ibarra se encaramó por entre las riostras del ala y subió a la cabina. Oyeron los demás cómo se cerraba la sección corredera de plexiglás y, un instante después, una tenue luz rojiza bañó las facciones del piloto. Luego, el gruñido del arranque de inercia dio paso al primer pistonazo del tremendo zumbido del motor *Mercury*.

El robusto aparato se encaminó, a trompicones sobre el agreste terreno de la meseta, hasta el extremo más lejano de la pista; los faros del tren de aterrizaje les alumbraron a todos al girar e, inmediatamente después, el avión inició la carrera de despegue.

Libre de carga y aprovechando la máxima potencia del motor, el *Lysander* despegó en la mitad del terreno usado para tomar tierra. Se apagaron los faros y, a unos treinta metros de altura, pasó sobre ellos, girando y encaminándose hacia el Sur, haciendo brillar las llamas del escape como un cometa perdido.

Cuando se apagó del todo el sonido del motor, Bachir echó a andar hacia su automóvil, mientras los hombres de Remigio, que no cesaban de parlotear en el dialecto de la región, se afanaban en cargar el camión con las latas de gasolina y el aceite señaladas por el español, mientras que una reata de mulos aguardaba, tras unas retorcidas higueras bravías, para recibir en sus lomos el resto del envío.

—Me marchó a Al-Hoceima —dijo Bachir, usando el nombre árabe de la ciudad que los españoles llamaban Villa Sanjurjo.

—¿Va a estar mucho tiempo allí? —preguntó González, que caminaba a su lado.

—No lo sé; seguramente iré después a Tetuán —acudió esta vez al nombre español de la que él llamaba Titt'aáuen.

Llegaron junto al Studebaker de color azul propiedad de Bachir, y Misián se colocó al volante, esperando Ráchid a que su tío subiera.

—Dile a Busta que tenga contentos a los soldados de Caballería —se volvió a González, antes de introducirse en el coche—, que no les ponga impedimento, pero que los vigile bien. No quiero sorpresas con toda esa gasolina en el sótano de mi casa.

—Descuide, *si* Bachir, estaremos atentos todos. Buen viaje.

—Aalá aáinnec.

Ráchid cerró la puerta y el Studebaker zumbó en la noche, comenzando a rodar por el sendero tortuoso y encendiendo los faros cuando ya se encontraba a más de kilómetro y medio de distancia.

—*Sidi Rimigio* —le llamó un rifeño desde el camión Chevrolet.

—¿Qué hay?

—Todo *arreba* —dijo, pronunciando con su peculiar acento.

—Pues andando.

El español se sentó tras el volante del camión Chevrolet, mientras cuatro de sus hombres arreaban la columna de acémilas que tomaría el camino hacia la costa. Remigio, poniendo en marcha el motor, los siguió un trecho hasta alcanzar el cruce donde nacía una infame pista de tierra que llevaba, a través de los montes de Beni Tusin, hacia el Sudeste, hacia Mídar.

CAPÍTULO CUATRO

BASE AÉREA DE *TAUIMA*

VILLA NADOR, MARRUECOS ESPAÑOL

—Tienes que llevarme, Luis —casi imploró Rafael a su compañero.

—No sé, ya veremos —no parecía del todo convencido el otro; era verdaderamente difícil creer que casi un recién llegado como Martínez hubiera tenido tanta suerte.

En los tres años que Luis Quintana Casabianca llevaba en Marruecos, jamás se había visto saboreando las mieles de *Las mil y una noches* que el otro contaba.

—Tienes que darme una seguridad; si no, me busco a otro que tenga coche..., y tú te lo pierdes.

Luis se sintió tentado de mandar al novato a hacer puñetas, pero, parecía el otro tan seguro...

—Bueno, mira, nos vamos después de comer, ¿vale?

Rafael dudó, poniendo gesto de contrariedad.

—Además —siguió Luis—, ¿no habías quedado con Margarita Hidalgo?

Martínez alzó las cejas. Era verdad, tenía una cita el domingo por la mañana con aquella chica, y lo había olvidado.

—Pues vamos a Melilla —explicó Luis—, tú ves a Margarita y yo a Mari Carmen; nos disculpamos por tener la tarde ocupada..., de servicio, ¿qué sé yo?, y salimos hacia Mídar.

A Rafael se le iluminaba la mirada a la par que el otro le había ido relatando el plan, asintiendo vehementemente.

—Aunque, la verdad —concluyó el más veterano—, todavía no sé si creerte.

—Te garantizo que va a ser el mejor domingo de tu vida.

—Ojalá. Oye, ¿sabes algo de lo tuyo?

—Nada —la faz de Rafael se ensombreció al recordar el incidente que, no obstante, le había dado ocasión de conocer a la chica de la túnica blanca—, pero dice Álvarez que el coronel no demostró demasiado interés.

—Mejor así.

Estaban fuera de los edificios administrativos de la base y, enfrente, a unos cien metros, daba comienzo la línea de hangares del Grupo, integrado por los Heinkel y los G-50.

Procedentes del antiguo 5-G-5 de la guerra civil, los Heinkel He-112B y los FIAT G-50 *Frecchia*, habían sido encuadrados, en la reorganización de 1939, en el Grupo 27 del Regimiento Mixto número 2 de Nador, constituyendo los Heinkel la 1ª escuadrilla y los FIAT la 2ª.

Pero poco quedaba ya, ocho años después, de aquella gallarda unidad de modernos monoplanos; los años, el desgaste de la guerra, los accidentes, bastante numerosos, y las continuas averías solventadas a base de parchear por falta de verdaderos repuestos y utillajes, habían dejado al Grupo 27 exhausto hasta el punto de que, en aquella primavera de 1947, tan sólo era una sombra de lo que había sido. Tres FIAT G-50 quedaban en condiciones de vuelo en la 2ª Escuadrilla y, en la 1ª, sólo cuatro He-112 podían contarse entre los supervivientes de aquellos diecinueve potentes cazas alemanes. El resto se había perdido en accidentes, algunos de ellos trágicamente

mortales, o se habían quedado en la maestranza de Logroño al juzgarse deplorable su estado; tanto que, algunos de los aparatos enviados hasta allí, no pudieron efectuar el traslado completo, y acabaron su viaje a lomos de un camión.

La terrible falta de repuestos, la escasez no menos terrible de gasolina y lo complicado de operar aquellos vanguardistas —para la Aviación española de entonces— aparatos, hacían de poder volarlos una verdadera odisea, y no faltaba quien aseguraba que, de aquellos cuatro Heinkel, ninguno acabaría el año en estado operativo.

Para paliar tamaña carencia de defensa aérea, se había decidido en Madrid enviar un material de vuelo distinto para dotar a la Aviación de África, y tanto el Regimiento Mixto número 1 de Tetuán, como el número 2 de Nador, recibieron un puñado de viejos y usados FIAT CR-32 *Chirri*, biplanos que ya estaban anticuados a comienzos de 1939, para rellenar huecos, comenzándose después a recibir, desde hacía poco, más ejemplares del mismo modelo, pero recién fabricados en la factoría sevillana de CASA, lo que, al menos, aseguraba que habría alas españolas surcando los cielos del Protectorado.

Pero mal, muy mal, debían de ir las cosas cuando lo mejorcito de la caza española estaba constituido por aviones más antiguos y de menor rendimiento que a los que iban a sustituir.

Por eso el afán de Rafael, y de otros pilotos jóvenes como él, de poder subirse a la cabina de uno de aquellos ejemplares que, en breve, estarían dados de baja: sería, seguramente, la única oportunidad en mucho tiempo de poder experimentar lo que se siente al volar un material de aquellas características.

Luis Quintana estaba a punto de iniciar uno de sus vuelos de instrucción sobre el Heinkel número 56. Iba ataviado sólo con el mono de vuelo, el arnés del paracaídas y el gorro cuartelero —no se solía llevar casco en los vuelos de instrucción—; tampoco llevaba botas, sino los zapatos del uniforme, y la indolencia mostrada al hacer lo que, para Rafael, era extraordinario y maravilloso, acrecentaban su veteranía y el respeto ganado a pulso entre los más noveles a costa de acumular horas en aquellos monoplazas de pura sangre guerrera.

—Si supieras cómo te envidio —murmuró.

—No te apures, hombre; ya te hartarás de esos cacharros.

—¿Hartarme? ¿Cacharros...? —Rafael sonrió, triste—. Casi deseo tanto subirme a uno de ellos como..., ¡como ir a Mídar mañana domingo!

El otro se le quedó mirando, a punto de echar a andar hacia la línea de cuatro aviones que se iniciaba allí cerca.

—Tú estás chalado, has perdido la chaveta —hizo un gesto con el índice sobre la sien, ya caminando hacia el Heinkel—; te lo digo yo.

PALMS FIELD, BÉCHAR

ARGELIA FRANCESA

Harry Dover berreaba como un loco por el teléfono, tratando de conseguir que la operadora de la centralita de Béchar no demorara demasiado su conferencia con Argel.

Howard asistía, admirado, a la fácil charla con que el jefe de operaciones expresaba sus deseos usando aquel intrincado árabe de fuertes *haches* aspiradas y sonidos guturales prominentes. Ibarra, por el contrario, se hallaba enfrascado en la lectura de

un paquete de folios mecanografiados y llenos de diagramas, indicaciones y dibujos de algunas partes del *Mehari*.

El británico, por fin, colgó el auricular con frenesí y se volvió al español.

—¿Y bien?

—Todo a punto, jefe. Este tipo sabe lo que hace con un avión —señaló a Howard—; está listo para volar.

—¿Podría hacerlo esta misma noche?

Ibarra miró a Howard, que aguardaba su respuesta como si fuera el resultado de un examen de curso escolar. Bob Drake detuvo sus manipulaciones en torno a la tetera que estaba preparando, y prestó atención.

—Claro —dijo Ibarra, encogiéndose de hombros y volviendo a la lectura.

—¿Claro? —se notaba a Dover ciertamente nervioso— ¿Sí o no?

—Que sí, hombre —Ibarra apartó la vista de los papeles y clavó sus ojos en los del británico—, ¿qué más da? He dicho claro como podía haber dicho sí, ¿qué te ocurre, jefe?

—De sobras sabes lo que hay, *torero* —se dejó caer en su asiento—. Todos nosotros, ¡todos!, estamos ganando un sueldo decente a costa de que ese cochino vuelo con *Phantom* se pueda mantener.

—Pues, si alguna vez se interrumpe por mi culpa, me lo dices —el español volvió a los diagramas del biplano, aparentando una calma que, al parecer, sacaba de quicio a Dover.

Howard, que observaba en silencio, reconocía que el temperamento desbocado del director de operaciones respondía a algún tipo de presión que, por las trazas, recibía de los directivos de la compañía.

—Ellos no paran de llamarme —dijo *ellos* señalando al teléfono— para preguntar por los progresos del *Mehari*; están deseando que entre en servicio, y yo también.

Se levantó a mitad de la frase y miró al exterior por la ventana que daba a la rampa de carga, y Howard, dándose cuenta que Drake volvía a su tarea de preparar el té, trató de no hacer ostensible su presencia con objeto de mantenerse al margen de aquel lío.

—En cuanto esos franchutes de mierda digan que está listo —siguió Harry—, enviarán la solicitud al gobierno español para efectuar la escala en Tetuán —Ibarra prestó atención a la espalda del que hablaba—; liquidamos el asunto de *Phantom Field* y todos podremos respirar tranquilos.

—Y tan tranquilos... —habló el español—, como que no tendremos trabajo.

—Siempre hay trabajo, Ernie —respondió Harry, sin volverse.

—Al menos —Bob habló, con la tetera en la mano y su voz y ademanes apaciguadores—, no habrá nadie intentando matarse sobre ese campo perdido.

Howard sintió que los nervios y el miedo le mordían el estómago; Ibarra, suspirando y negando a la vez con la cabeza, alzó un tanto el legajo de papel.

—¿Y pensáis que se va a hacer todo eso con *esto*? —agitó los folios.

—¿Por qué no?

—¡Porque es una mierda, un trasto inútil, un...!

—Ya salió el señor sabelotodo —Harry se volvió, pero sólo para hacerle un gesto despectivo con la mano, retornando de nuevo a su observación a través de la ventana.

—Sigues sin entenderlo —Drake, con su voz profunda, se acercó al español y miró por encima de su hombro un diagrama que el otro simulaba estudiar.

—¿Qué se supone que debo entender? —le espetó Ibarra, ya no tan calmado como pretendía aparentar.

—Que todo va a seguir como antes —dijo Harry—; que cada cual se mantendrá en su puesto, haciendo volar su pájaro, y que tú y Howard os convertiréis en pilotos legales que volarán un avión correo a Tánger con escala en Tetuán. Eso es todo y eso es lo que tienes que entender.

—¿Volando en este chisme contrahecho? —alzó de nuevo los papeles—. Deja me que ría si creéis que algún día lo van a convertir en algo operativo. Todo este montaje es un numerito de circo de esa..., de los Bousignac, para dejar bien claro que ellos, los franceses, también son capaces de construir aviones —entregó el paquete de folios a Drake y se levantó, buscando los cigarrillos en el bolsillo de su camisa para, al no hallarlos, hurgar directamente en la de Howard, quien le dejó hacer—. Y, además, si acaso fuera cierto —siguió—, si logran fiarse tanto de ese aparato como para montar la línea con él, en vez de con el *Oxford* o el *Goéland* de Mark...

—Al *Oxford* le quedan sesenta horas —apuntó Bob.

—Da igual; lo que yo os digo es que esa tigresa no va a consentir que ninguno de nosotros toque un ala de su pichón.

Drake negaba con la cabeza, desesperado por la tozudez del otro, y Howard le dio fuego con sus cinco sentidos alerta, afianzándose ahora en la opinión definitiva de que, lo que atosigaba a Ibarra, era un torrente inagotable de celos, quizá mezclados con un poco de envidia hacia aquella amazona del aire que amenazaba con destrozar su liderazgo en los solitarios vuelos de contrabando.

Harry no dejaba de mascullar entre dientes.

—Maldito *torero*... —acabó por volverse—. Con esa actitud tuya sólo consigues crear mala sangre al resto de los muchachos. Sabes que lo que dices no es cierto, y sigues empeñado en deformar la verdad.

—¡Yo no deformato nada! —saltó Ibarra.

—¡Lo haces! —cortó Harry, violento—. Te pasas el día desacreditando el trabajo de esa gente que, querámoslo o no, son tan eficientes como nosotros.

—Son unos zoquetes —dijo Ibarra, en un tono más bajo—. Podían haber acondicionado cualquiera de los miles de aparatos excedentes que hay por ahí; buenos aviones, fiables... Y, en cambio, se meten a diseñadores para crear ese armario con alas que será incapaz de llevar la mitad del peso que marcan esas especificaciones.

—Te recuerdo que lo está haciendo dos veces al mes.

—Pero no con el ritmo que será necesario a un aparato postal.

Harry no respondió, por lo que Howard sospechaba que tenía sus dudas al respecto.

—Lo que a ti te ocurre es que no quieres dejar de ser la estrella de *Air Touareg* —comentó Bob, mientras se ponía a la altura de Harry para comprobar que los operarios preparaban su *Oxford* antes de iniciar el vuelo a Orán y Argel.

—¿La estrella? ¡¿Qué estrella?!

—¡Sí, la estrella, el protagonista! —se reafirmó en sus palabras el escocés, yendo de vuelta hacia donde la tetera estaba a punto de hervir—. Tienes miedo a que alguien te arrebatte el puesto, ¡y mucho más si es una mujer!

—Eres un...

—Eso es lo que te duele realmente —remachó el otro, con su acento de fuertes *erres*.

Ernesto Ibarra, en pie y con aire desafiante, supo renunciar a cualquier gesto hostil hacia la poderosa humanidad del escocés, que le sobrepasaba en toda la cabeza.

Así que era eso, pensó Howard, que sentía cómo un enorme peso se le quitaba de encima; ya podía tomar partido sin sentir que traicionaba a alguien. De cualquier modo, sabía disculpar la actitud de Ibarra, aunque le quedaba una pizca de rencor al culparle de haber querido manipular su conciencia para alejarle de Claire y sus dos ingenieros.

Incluso, pensándolo mejor, se preguntó si el poco interés que ponía en enseñarle los entresijos y manías del *Lysander* no obedecía a que, en su idea de ser imprescindible, esperaba que el recién llegado cometiera un fallo y dejara claro quién era el único capaz de hacer el trabajo impecablemente.

¿Sería capaz de eso el español?

Howard maldijo el intrigante mundo de las relaciones humanas, con sus dobleces y malos entendidos, con su falta de sinceridad y sus intenciones ocultas que hacían la vida mucho más difícil de lo que ya era.

Harry, siempre serio y con gesto preocupado, tomó los papeles con las especificaciones del *Mehari* y se los entregó a Howard.

—Toma, échale un vistazo; puede que pronto tengas que hacer tu trabajo con él.

—¡Ja! —soltó Ibarra, dirigiéndose a la puerta—, será de copiloto de ese putón francés.

—Basta ya, Ernie —le cortó Harry—; harías bien yéndote a dormir y mear la adrenalina de tu vuelo de anoche.

—¿Adrenalina? —se volvió, con el picaporte en la mano—, eso es lo que está sudando Howard al pensar en su vuelo a *Phantom*.

Salió con un portazo y Bob suspiró.

—Está peor. Cada día que pasa le veo más violento y nervioso...

Harry asentía, y Howard, incapaz de hacer comentario alguno, se sentó en una butaca y ojeó las páginas, mientras que los otros dos salían y él se quedaba allí, solo, con el cerebro trabajando a toda presión para olvidar su inminente estreno.

Ya se sabía de memoria la cabina del *Lysander*; la había registrado en su mente punto por punto; había estado toda la noche leyendo las incontables páginas llenas de advertencias del manual de empleo del avión. Luego, durante la mañana, mientras Ibarra se duchaba y afeitaba, se había echado al aire con él.

Le costó acostumbrarse el cockpit de alta visibilidad, habituado como estaba a la pequeña cabina de burbuja del *Thunderbolt*, en la que apenas sobresalían los hombros; en la del *Westland*, en cambio, el borde de las paredes laterales quedaba a la altura de la cadera, y el parabrisas estaba tan adelantado que poca cosa impedía una magnífica visibilidad hacia el frente, ni siquiera el voluminoso motor en estrella estorbaba.

Lo que más le llamó la atención, y estuvo a punto de crearle un problema de vértigo, fue la ausencia de un piso bajo el asiento del piloto, que parecía flotar a más de metro y medio por encima del vientre hueco del oscuro fuselaje, colgado de soportes metálicos.

Cuando tomó tierra, al final de ese primer vuelo, Howard no podía por menos que dar la razón a Ernie en lo referente a que un exceso de confianza podía matarle. Había hecho algunas maniobras por encima de los tres mil metros: una vuelta de *Immelman*, un tonel rápido y un *looping*, en todas las cuales, el avión de largas y

estrechas alas se había comportado casi como un verdadero caza, a pesar de lo que una primera impresión visual pudiera indicar. Howard no olvidaba que el origen del *Lysander* había sido el de avión de cooperación con las tropas terrestres, pero que, con el fulgurante avance tecnológico debido a la contienda, había sido necesario, en los primeros meses de la guerra, relegarlo a otras tareas para sustraerlo a los más veloces cazas de la *Luftwaffe*.

Pero fue en el vuelo lento donde el norteamericano se cercioró de que, a bajas velocidades, el *Lysander* no era un avión para principiantes; tenía fuertes vicios a la hora de reducir o aumentar el régimen de motor, y sólo la agilidad mental y manual del piloto podía mantenerlo dentro de lo que se podía considerar como tenerlo bajo control. Había que multiplicar las manos y los pies para actuar sobre los compensadores y pedales ante la sorprendente ineficacia de los alerones y los elevadores.

No obstante, en buenas manos, el aparato británico podía parecerse a una gaviota cerniéndose con viento de cara, y era capaz de dar mucho de sí, siempre y cuando el hombre cediera a todos los requerimientos de la máquina. Howard estaba seguro de que, con el tiempo, sería capaz de pasear aquel cilindro con alas sobre un campo de tenis sin despeinar a ninguna espectadora; pero, precisamente, de eso era de lo que carecía, de tiempo...

De cualquier forma, la advertencia que él había desechado la noche anterior le preocupaba. Claire tenía razón: las características, en todas las envolventes del vuelo, se verían drásticamente variadas al lastrar el aparato con casi seiscientos kilogramos de carga no demasiado ajustados a su centro de gravedad; lo había encontrado pesado de cola, y eso que lo había volado vacío.

Se acercaba ya el medio día; iban a almorzar pronto, y Howard decidió que, después de comer, podría hablar con Claire y, de paso, le rogaría que le dejara olvidar por un tiempo el biplano mientras no se sintiera a gusto pilotando aquel indómito *Lizzie*.

Dejó los datos del *Mehari* sobre la mesa de Harry y abandonó el despacho, alegre al saber que tendría un motivo para hablar a solas con la chica.

Pero no hizo falta, apenas alcanzó la plataforma de carga, la vio venir de frente, y pudo abordarla mientras ambos se dirigían hacia el comedor.

Fueron dos alegrías seguidas; por un lado, Claire Bousignac se mostró totalmente de acuerdo en que, de momento, más le valía acumular práctica sobre el *Lysander*, en tanto que ella y los dos ingenieros terminaban la puesta a punto definitiva del *Mehari*. La otra agradable sorpresa se la trajo Jimmy Reed, uno de los operadores de la torre de control que, antes de sentarse a la mesa, le tendió el parte meteorológico correspondiente al medio día, y Howard supo, después de leerlo, que dispondría de una noche más antes de volar a *Phantom Field*.

El boletín *meteo* informaba de vientos moderados a fuertes en la zona central del Rif, por lo que, corroborando la información que Ibarra trajera aquella madrugada, determinaban la imposibilidad de volar aquella noche. El pronóstico para las siguientes veinticuatro horas anunciaba una mejoría de la que ya no podría huir sin cumplir su primera misión.

Después de comer, Claire y él abandonaron el salón ante la hosca mirada de Ibarra, y se encaminaron hacia el hangar número tres, al insistir ella en que, ya que no lo volaría en breve, Howard debía echarle al menos un vistazo al *Mehari*.

Entre los dos recorrieron la puerta del hangar y, al accionar ella el interruptor, las luces alumbraron el interior lóbrego que apestaba a gasolina de aviación.

—Ahí está —dijo, orgullosa, señalando al inmenso avión.

Era la primera vez que Howard se acercaba tanto a él, y allí, en las relativamente reducidas dimensiones del local cerrado, el sesquiplano le pareció mucho mayor. El piloto se acercó al fuselaje plateado y observó el ala inferior, que le llegaba a la altura de la cabeza y era sensiblemente más corta que la superior, que se extendía a lo largo de sus diecisiete metros de envergadura y a más de seis sobre el suelo.

—Es enorme —murmuró, sin saber qué decir realmente.

Ella le observaba, aguardando a que captara toda la grandeza del resultado de dos años de trabajo, y dispuesta a responder a cualquier pregunta. Howard, por su parte, se había dado cuenta de que había un interés en Claire por estar cerca de él; una suerte de complicidad creada entre ambos al estar allí, contemplando la obra de ella sin que nadie interfiriese.

—¿Puedo subir? —señaló él la cabina.

—Por supuesto —ella fue la primera en escalar el ala inferior para, cuidando no estropear el revestimiento de contrachapado al caminar, hacerle sitio sobre ella.

Howard puso los pies en los huecos practicados en el fuselaje para hacer las veces de peldaños, y alcanzó el mismo nivel que ella. Se asomó por el borde de la carlinga y atisbó el interior: la palanca, los pedales del timón y los mandos de gases y control de la mezcla; el tablero de instrumentos era básico y de fácil lectura: una brújula, un indicador de presión de aceite, combustible, temperaturas, altímetro, variómetro e inclinómetro; nada especial. Un escueto parabrisas remataba la *oficina* desde la cual se podía dirigir aquel trasto.

—¿Esto es para la saca? —preguntó, avanzando un paso hacia ella y palmeando la sección situada delante de la cabina de pilotaje, que resonó a hueco.

—En efecto; también hay un asiento y, desmontando esta tapa —volvió a golpear la cubierta de metal—, pueden viajar dos personas, una al lado de la otra, como pasajeros.

—¿Y los depósitos? —casi no la dejó terminar.

—Aquí hay uno —le señaló inmediatamente detrás del motor y antes del alojamiento del correo—; es el principal, con mil litros.

Howard vio la boca de llenado y las indicaciones, en francés e inglés, que anunciaban el octanaje a emplear.

—Debajo del compartimiento de la saca —siguió ella, señalando con un dedo—, hay otro depósito de ochocientos.

—El de contrabando.

—No, el auxiliar; con ambos aseguramos una autonomía de unas doce horas de vuelo, más de dos mil quinientos kilómetros.

—No está mal —Howard hizo un cálculo mental, y supo que el motor con que iba equipado el avión, un Wright de 1.100 caballos, consumiría alrededor de treinta litros la hora. No había error—. Pero, entonces, ¿el depósito oculto...?

Ella sonrió, se apoyó con soltura en el entramado de montantes y riostras que unían el ala superior a la inferior y, con la agilidad de una trapecionista, se situó de pie sobre el fuselaje, con la cabeza y los hombros a la altura del borde posterior del ala superior. Dio unos golpes con el puño, y el ala resonó como un tambor.

—Aquí está —explicó, triunfante—, dentro del ala: cinco mil setecientos litros de capacidad.

—¿Cinco...? —Howard no intentó subir a causa de la estrechez del fuselaje, pero se dijo que ya sabía el motivo por el que aquella ala era de un grosor tan extremado.

—..., y perfectamente ubicados, fuera de la vista y sobre el mismo centro de gravedad, no como en el *Lysander*.

Howard asintió. *Sin problemas de trimado y sin aparatosas operaciones de bombeo para extraerlo*, pensó. Vio las espitas inferiores y supo que aquel tremendo tanque oculto podía ser vaciado por gravedad, dejando caer la gasolina hasta la cisterna que simulara repostar el avión en Tetuán.

—Es ingenioso.

—¡Claro!, se me ocurrió a mí —dijo ella, sin atisbo alguno de petulancia, y descendió hasta el ala inferior, donde se detuvo a escasos centímetros del norteamericano.

Howard evitó moverse para aspirar su perfume, aunque fuera durante una fracción de segundo, pero sólo le llegó el olor a aceite y combustible que destilaba el aparato. Vislumbró una posibilidad de prolongar la cercanía de ella, preguntando cosas a cerca del avión.

—¿Cómo es que tiene ya matrícula normal y no la experimental?

Claire se apoyó flojamente sobre el fuselaje, decidida a permanecer allí un rato, y Howard se alegró.

—En realidad, este es el segundo prototipo, y ya tiene el certificado de aeronavegabilidad, por lo que nos dieron la licencia y el registro.

—¿Qué pasó con el primero?

—Se destrozó en un despegue con viento transversal, y Andrée, un amigo mío, murió.

—Lo siento.

No le duró a ella la emoción más que un par de segundos, y Howard supo que, además, era una mujer fuerte.

—Pero no te preocupes —siguió Claire—, con éste no hay problemas de estabilidad. Hay que acabar algunos ajustes; continuamente le estoy detectando pequeños fallos en mis vuelos desde Orán, pero se puede decir que ya está casi a punto. En cuanto hagamos las pruebas a plena carga y con distintos pasos de hélice, podremos declararle operativo —ella se movió, muy pegada a él, hasta alcanzar el borde posterior y saltar al suelo; Howard la siguió.

—¿Pero no tiene la licencia ya?

—Claro —caminó ella hacia el morro del avión—, pero una cosa es declararlo apto para volar como correo, o incluso como avión fumigador, que hacerlo trabajar con esos miles de litros de gasolina a bordo.

—Comprendo —y una pregunta se abrió paso en la mente de él.

—¿Cuánto se tarda en vaciar el tanque?

—Por gravedad, unos veinte minutos.

—¿Y en una purga de emergencia? —tocó él la punta de la gran hélice bipala construida en duraluminio; al ver que tardaba la respuesta, la miró a ella.

—Pues lo mismo —se encogió de hombros Claire.

—Quieres decir que..., en una emergencia, ¿la gasolina se tira por las mismas bocas de vaciado?

—Sí... —ella se mostró dubitativa y seria—, ¿por qué?

—Porque es mucho tiempo.

—¿A qué te refieres?

—A que, si fuese necesario, habría que dejar seco ese tanque tan enorme en poco más de un par de minutos.

—¿Por qué? ¿Qué emergencia puede requerir tanta prisa? —observó ella una gota de aceite que resbaló del cilindro inferior y cayó al suelo—. Si hay fuego en el motor, no se pueden abrir las espitas porque todo estallaría en llamas.

—Precisamente: es necesario un sistema que aleje el chorro de gasolina de las posibles llamas —dijo él con aplomo, sabiendo de qué hablaba—. Pero, además, si se para el motor y necesitas planear, conviene arrojar todo ese peso extra —afirmó él, recorriendo con la vista el enorme motor radial de nueve cilindros dispuestos en forma de estrella—. Ya sé que hablo desde un punto de vista propio del piloto de caza, pero toda esa gasolina, ahí arriba...

—¿Quieres decir que es un blanco perfecto?

Howard asintió.

—Imagina por un momento que nos intercepta un avión de guerra; la forma lógica de atacar es desde atrás y algo arriba —hacía gestos con las manos, insustituibles en una charla entre pilotos—; los proyectiles irían directamente sobre esa ala que, además, es tan grande...

Claire asintió.

—Hay que modificar el sistema de purga, o adaptar otro —acabó sonriendo, pero guardando un ápice de preocupación al haber pasado por alto algo tan importante, y añadió— ¿Te das cuenta por qué quiero que alguien más pruebe el aparato? Ninguno de nosotros tiene experiencia de combate, o puntos de vista basados en situaciones críticas.

Howard asintió, y se sintió, de nuevo, muy cerca de tener que volar con aquel aeroplano experimental y desconocido, pero que, por el mero hecho de ser parte de la vida de Claire, se le antojaba tremendamente cautivador.

—Comprendo, y te echaré una mano cuando pueda.

—Gracias, Howard —le tomó del brazo para salir de allí, y él se felicitó por haber sido tan flexible—. Y no creas que las prisas son infundadas —bajó un tanto la voz Claire—. Mi padre está deseando acabar con los vuelos del *Lysander*; son peligrosos, muy arriesgados..., y sólo lleva menos de la cuarta parte de lo que puede transportar el *Mehari*.

—Pero que tendrá que hacerlo bajo las mismas barbas de los españoles —repuso él, pensativo—; eso también tiene sus riesgos.

—No tanto como volar a oscuras y posarse en un risco donde, el día menos pensado, puede acabar la carrera de este avión.

Howard se dio cuenta de que ella no había aludido para nada al infortunado piloto que tendría que estar, ese día aciago, a los mandos.

—Sí, es muy cierto. Prefiero pasar unos años en una cárcel española que estamparme contra una ladera con un avión cargado de gasolina.

—Tú sí, pero Ernie no.

Howard no quería rozar siquiera el tema; deseaba evitar que, en una charla franca y animada como aquélla, se le deslizaran términos que Ibarra no querría airear, y ella

se dio cuenta al instante. Ambos callaron y dejaron transcurrir los minutos observando la cola pintada a cuadros amarillos y negros, a juego con el decorado del ala superior.

—Es tarde —dijo Claire, poco después—; debo ir con Albert y Julien a terminar unos cálculos. Pensamos instalarle calefacción a la cabina; hace mucho frío cuando se sobrevuelan las cumbres del Atlas.

—Buena idea —sonrió Howard, contento por el tacto y la simpatía de ella que eran como una ducha fresca con que apagar los ardores un tanto rencorosos con que Ibarra le había prevenido acerca de aquella mujer.

Al salir del hangar, se separaron ambos, caminando él hacia su habitación; ya sabía de qué lado se inclinaba la balanza y, sin poderlo evitar, sintió pena por Ernie, que seguiría solo ante los demás a costa de su afán de protagonismo. Seguramente, como exiliado político, le aterraba la idea de caer en manos de la justicia española, pero a Howard nadie le quitaba de la cabeza que pesaba más, en las consideraciones de Ibarra, el hecho de tener que cambiar de trabajo y dejar de ser el único capaz de posar el *Lysander* en *Phantom Field*.

En 1947, en el aeródromo de Tauima, cerca de Melilla, el material de vuelo se va volviendo obsoleto, agotado el remanente de la guerra civil. En la Argelia francesa, las empresas postales recurren a la aviación para enlazar la costa norte con las remotas soledades del interior sahariano, usando excedentes bélicos y pilotos veteranos en paro.

Cita en el aire, cuenta la historia del encuentro repetido de un piloto español y uno norteamericano que vuela para *Air Touareg*, nombre bajo el que se oculta una perfecta red de contrabando

FIAT CR-32



Westland Lysander

SNCA Mehari



Heinkel HE-112 B